

NUEVOS APORTES SOBRE LA REVOLUCION DE LAVALLEJA DE 1834

I. PROYECCION EXTRANACIONAL DEL MOVIMIENTO

A fines de setiembre de 1832, una diezmada columna de adictos al general Lavalleja se internaba por las cuchillas riograndenses, en procura de asilo en el territorio imperial. Era el punto final de un frustrado intento de derribar del poder al presidente Fructuoso Rivera; golpe al que no fueron indiferentes las autoridades de la otra banda del estuario platense y que fracasó por la precipitación de su jefe, por la falta de adecuado apoyo externo y, en última instancia, por la fría acogida de sus compatriotas. Fatigados éstos ya de anarquía y revoluciones, no se adhirieron al héroe de Sarandí, contra cuyo nombre no había descuidado Rivera dirigir una campaña de desprestigio y confusión (1).

(1) Con respecto a la participación argentina en la revolución lavallejista de 1832, se tuvo conocimiento preciso del auxilio armado prestado, por un informe del jefe político de Maldonado, José Machado, al ministro de Gobierno. El 15 de setiembre de ese año le avisó la llegada a ese punto de la zumaca argentina "Invencible", que conducía armas para Lavalleja a nombre de D. Carlos Navia. Abordada la nave —indicaba Machado— se hallaron 18 tercerolas, 2 sables de latón y 34 paquetes de cartuchos y luego fueron desenterrados en la isla de Gorriti, 12 cajones con 20 armas cada uno. Se apresó al capitán de la nave, a la tripulación y a D. Carlos Navia, remitiéndose a Montevideo el material de guerra secuestrado, que sumó 16 cajones con 608 armas entre tercerolas y sables, 5370 cartuchos de carabina a bala y un barril de pólvora, a más de otros efectos bélicos. (Cfr. "El Universal", Montevideo, 21 de setiembre de 1832, n° 940, pág. 2, col. 4). Sobre los motivos de la revolución véase "Exposición del General D. Juan A. Lavalleja, de su conducta relativa a los últimos acontecimientos del Estado Oriental del Uruguay y examen de los hechos del Gobierno de Montevideo", Buenos

El 29 de setiembre las fuerzas lavallejistas eran desarmadas por orden del comandante de la frontera del Yaguarón, coronel Bento Gonçalves da Silva y se procedió a su internación en la provincia de Río Grande del Sur, conforme a lo dispuesto por su presidente, Manuel Antonio Galvaõ. De esta época data la reanudación de los vínculos de Juan Antonio Lavalleja con el futuro jefe de la revolución farroupilha y con el padre Caldas, viejo revolucionario pernambucano, promotor de la fracasada Confederación del Ecuador en 1825, ex-capeellán y encargado de la imprenta del ejército republicano en la guerra contra Brasil y animoso opositor del régimen monárquico. Los ideales políticos habían conducido a Caldas al destierro en Cerro Largo, sobre la línea fronteriza, donde a la sazón ejercía el curato de la villa de Melo. Es visible que, a pesar de las disposiciones de Galvaõ para neutralizar a los emigrados —como fiel intérprete de la política de la corona— Bento Gonçalves los protegió, permitiendo sus reuniones y la adquisición de armas, hechos que contravenían abiertamente las órdenes de sus superiores. Eran más fuertes los estrechos vínculos que lo unían a los hombres del sur y la común participación en el plan confederacionista, que en aquella época prohibía el jefe oriental. En efecto, 1832 fue el año clave que determinó su futura actuación y a partir de él, la idea de la federación del Estado Oriental y la vecina provincia brasileña crecerá en la mente de estos hombres, alentada por la mayor popularidad de las ideas republicanas y liberales en el Río Grande, en lo que no poca ingerencia habrían de tener los hombres del Plata.

Mientras Bento Gonçalves y Lavalleja procuraban dar forma a sus ideales, Rivera perseguía el mismo objeto y enviaba

Aires, 1833 (passim), alegato en el que Lavalleja denuncia los abusos de Rivera y el grupo de los "cinco hermanos", que originaron el movimiento; también RICARDO R. CAILLET BOIS, *La misión Correa Morales al Uruguay*, en "Humanidades", tomo XXIX, La Plata, 1944, pp. 63-77; JUAN E. PIVEL DEVOTO, *Historia de los partidos y de las ideas políticas en el Uruguay*, tomo II, Montevideo, 1956 (2ª ed.), pp. 97 y sgts.

emisarios a Río Grande para sublevar esclavos, intrigar y provocar malquerencias, como pudo comprobarlo el mismo Bento Gonçalves en ocasión de su visita a Porto Alegre, a fines de ese año. Observó allí cómo el presidente oriental se había captado las simpatías del comandante general de armas de la provincia, mariscal Sebastián Barreto Pereira Pinto, y convencido a los miembros de una logia republicana sobre las ventajas de reemplazar el plan de alianza con Lavalleja por el que él les proponía, proceder que motivó la definitiva escisión entre los liberales "caramurús" y originó el partido "farroupilha". (2). El viraje de Barreto era evidente y, como para que no quedaran dudas de su posición, el 3 de noviembre ordenó al comandante del Yaguarón que disolviese la guardia nacional bajo su mando, lo que implicó que esa frontera quedara expedita al paso de la división oriental que comandaba el coronel José Augusto Pozolo, quien permanecía sobre la línea ostentando su fuerza y pregonando a viva voz una futura marcha sobre Porto Alegre, para auxiliar a los amigos republicanos de su presidente (3).

Disminuida la autoridad de su protector riograndense y desorientada la opinión como resultado de las intrigas rivelistas. Lavalleja reunió un consejo de emigrados para acordar la prosecución de los planes revolucionarios, en el que, dada la insuficiencia de hombres y recursos para la empresa, se resolvió que el jefe se dirigiera a Buenos Aires, para promover el apoyo de las autoridades de la Confederación, que no habían ocultado sus simpatías por el intento anterior, como ya hemos señalado. Para secundar sus proyectos, quedó en el Río Grande el padre Caldas, que a partir de ese momento comenzó a

(2) ALFREDO VARELA, *Historia de Grande Revolução. O. Cyclo Farroupilha no Brasil*, (6 vols.), t. II, Porto Alegre, 1933, p. 175 y ARCHIVO HISTÓRICO DE RÍO GRANDE DEL SUR (en adelante AHRGS), lata 210, documento 4.

(3) AHRGS, lata 210, doc. 5 y AURELIO PORTO, *Influencia do caudilhismo uruguayo no Rio Grande do Sul*, en "Revista do Instituto Histórico e Geographico do Rio Grande do Sul", Porto Alegre, año IX, 3er. trimestre 1929, pp. 399-400.

recorrer las charquedas, para enganchar peones "al fiado" con la vaga promesa de retribuciones y premios en tierras, posteriores al triunfo. En los mismos días, el coronel Manuel Lavalleja partió hacia Arroyo de la China (Concepción del Uruguay), donde con treinta hombres esperaba los refuerzos provenientes de Buenos Aires (4).

Los rumores de los preparativos trascendieron pronto el sigilo con que vanamente intentó cubrirlos Lavalleja y no faltó quien los participara al gobierno uruguayo. Ya el 30 de noviembre "El Universal" de Montevideo informó sobre los aprestos bélicos, que con carácter tan público se hacían en la vecina orilla, el enganche y alistamiento de gente por cincuenta patacones, la compra de armas, municiones y caballos "y otras medidas que todos saben por su escandalosa publicidad", para agregar que a la fecha el jefe rebelde contaba con 150 hombres armados y preparados para dirigirse a Entre Ríos, donde se unirían a los de Manuel Lavalleja (5).

Días después, el 18 de diciembre, los revolucionarios comprobaron que, no obstante el cambio de gobierno operado el 17, Rosas seguía velando por ellos en forma más que manifiesta y que acontecía lo mismo con su sucesor, Juan Ramón Balcarce. Aquel día, por la noche, se llevó a cabo una conferencia en la casa del ministro de Guerra y Marina de Buenos Aires, general Enrique Martínez, a la que asistieron el propio Lavalleja, Pablo Zufriategui, Francisco Muñoz, el general Tomás de Iriarte y Silvestre Blanco. Manifestó allí el jefe del movimiento que en Entre Ríos le esperaban a la brevedad con auxilios y se quejó de la morosidad del gobierno porteño en proporcionárselos, tal como lo había prometido. A esto replicó el ministro Martínez que el armamento, municiones y vestuarios que debían enviarse estaban prontos en el arsenal de Barracas y que su remisión se efectuaría a fines de mes, cuando conclu-

(4) *El Universal, Montevideo*, 21 y 22 de diciembre de 1832; número 1.014, pág. 3, col. 1-2 y n° 1.015, pág. 3, col. 1-2.

(5) *El Universal, Montevideo*, 30 de noviembre de 1832, n° 997, página 2, col. 4 y pág. 3, col. 1.

yera la preparación de la goleta "Luisa" destinada a esta empresa. ¿Fue este recurso estratagema para ganar tiempo y así no verse comprometidos los resistas en una expedición cuyo éxito no se vislumbraba muy cierto o fue sincera la manifestación del general Martínez y realmente contaría Lavalleja con el ansiado auxilio? Nos inclinamos a aceptar lo primero.

Sin pleno convencimiento de lo prometido, el jefe rebelde insistió en la urgencia del envío, pues su compañero Eugenio Garzón le anunciaba desde Río Grande que debía apresurarse la invasión, ya que comenzaba la deserción en sus filas. Se convino entonces que Zufriategui y Donado partieran el 24 de ese mes a Entre Ríos y que Lavalleja y los demás lo hicieran el 1º de enero, para establecer el futuro campamento general en el Arroyo de la China, desde donde cruzarían en momento oportuno el río Uruguay. La conferencia se cerró con una prudente recomendación del general Martínez, quien señaló la peligrosidad de la presencia de las fuerzas de Lavalle en la costa oriental fronteriza, a lo que Lavalleja replicó sin alterarse, que ello no sería obstáculo, pues un oficial que estaba a las órdenes de aquél, se había comprometido a ultimarlos, en caso que impidiera el tránsito de los invasores. Sin mayor sorpresa, Martínez aceptó la idea y con peculiar filosofía declaró que "en la guerra civil todo medio es bueno", reflexión que entusiasmó a Zufriategui y lo llevó a insinuar se proyectase el mismo plan respecto a la persona de Rivera. Las últimas palabras del ministro al jefe revolucionario fueron para recomendarle celeridad en la marcha, rapidez en las operaciones y absoluta discreción en su gestión, palabras a las que entonces Lavalleja no dio mayor importancia, llevado por su entusiasmo y ardor y que luego lamentaría no haber seguido al pie de la letra. Las circunstancias exigían la cautelosa advertencia del general Martínez (*).

(*) Hoja suelta anónima. [Buenos Aires, diciembre de 1832]. En ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. Buenos Aires (en adelante AGNBA), "Gobierno-Guerra. 1813-1852"; sala X; 27-8-1. Estimamos que el plan de asesinato de Lavalle fue solo una argucia de Lavalleja, para provocar una sensación de confianza en el ministro de Rosas.

Hoy no existe ninguna duda que el gobierno oriental estaba al tanto de los planes de subversión. Una carta de D. Julián de Gregorio Espinosa, nexa confidencial entre Rosas y Rivera y en ese entonces vicepresidente del Senado uruguayo, dirigida a Fructuoso Rivera y fechada pocos días más tarde, el 26 de diciembre, le comunica las medidas de defensa adoptadas en la frontera, a consecuencia del conocimiento de los aprestos de Lavalleja. En ella reflexionaba: "...póngase V. en el lugar del que aquí manda y observa que a las inmediaciones del Arroyo de la China, está un campamento militar bajo la dirección de D. Manuel Lavalleja, que en el centro y costas de este Estado no faltan descontentos de esta administración, que aunque en silencio e imposibilidad de obrar por sí, no por eso dejarían de incorporarse a cualquiera fuerza de los anarquistas que se arrojase al territorio, que no desprecia porque no debe despreciar las noticias de los esfuerzos particulares y clandestinos que hacen D. Juan Antonio Lavalleja y demás emigrados en esa, y entonces Vd. mismo adoptaría las medidas de precaución en propia defensiva que no pasa ni sale de los umbrales de casa, en donde todo le es permitido hacer al dueño; tanto es así que en esta consonancia es forzoso observar como se observa la misma vigilancia por la frontera con el Imperio, particularmente sobre el Yaguarón, en el cual se halla acampado de aquella parte D. Eugenio Garzón con 150 o más hombres, a cuyo número ha ascendido el piquete que le había quedado desde que el canónigo Caldas arribó allí con alguna gente y dinero para contentar y atajar la deserción de los que habían quedado después de la derrota..." (1).

Quebrada la armonía entre ambos estados del Plata, todos los síntomas hacían presagiar un rompimiento formal a la brevedad, luego del fracaso de las gestiones diplomáticas que ese mismo año inició el general Rondeau, en nombre del gobierno uruguayo. Rosas se encaminaba visiblemente a aquel

(1) Borrador de Julián de Gregorio Espinosa a Rivera. Montevideo, 26 de diciembre de 1832. En *AGNBA, sala X*; 2-1-8.

paso; dueño de poderosos recursos, protegía a Lavalleja y procuraba minar la autoridad del presidente oriental. Rivera, por su parte, hacía caso omiso de las leyes de neutralidad y amparaba los proyectos de los emigrados unitarios tolerando los aprestos de Lavalle para llevar a cabo su invasión a Entre Ríos. Por fin, la detención y proceso de D. Francisco Lecocq, rico y conocido hacendado oriental, con amplias vinculaciones en Entre Ríos, a donde se dirigió como enviado de Rivera para seducir a las autoridades y establecer las bases del ambicioso proyecto segregacionista del litoral argentino, que el mandatario uruguayo alentaba desde 1829, cerró en forma poco promisoría el año 1832 y dio pie a una serie de notas diplomáticas de franco tono agresivo, que tornarían aún más intensa la fricción entre ambos gobiernos del Plata (8).

II. SE ACELERAN LOS PREPARATIVOS. DISPOSICIONES DEFENSIVAS DE RIVERA

Con la promesa explícita del gobierno porteño, Lavalleja se dirigió de inmediato a Entre Ríos para preparar la invasión. Enterado de su presencia en la provincia, el 3 de enero de 1833, le escribía desde Paraná el gobernador Pascual Echagüe: "...Yo no podría mirar su suerte con indiferencia, sin traicionar mis más genuinos intereses..." y, al referirse a la requerida cooperación, le anunciaba que ella se haría efectiva sin comprometer "la circunspección de que tantas veces nos hemos gloriado los Gobiernos Argentinos. Así es que toda vez que se encuentren medios para llevar su plan adelante, salvando inconvenientes, no debe dudar por un momento que será secundado..." Declaraciones amistosas, protección clandestina y salvaguardia de los intereses nacionales: Echagüe se mostraba fiel ejecutor de las fórmulas rosistas. Casi tres meses

(8) ALICIA V. DE TJARKS, *Tres intentos separatistas del General Rivera: Las misiones Carriego, Aberasturi y Lecocq. 1831-1832*", en FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA, *Anuario de la...* (en prensa).

después, el 28 de marzo de 1833, se entrevistó con Lavalleja en Gualeguaychú —no sabemos si por inspiración personal o, lo que es más probable, para cumplir órdenes emanadas de Buenos Aires— y ratificó lo expuesto en su carta antes citada. El 31 de mayo dio una nueva muestra de buena voluntad y dispuso que no se pusieran impedimentos al tránsito de Lavalleja por la provincia de su mando. De este modo quedaron los revolucionarios absolutamente libres para desenvolver sus planes, reunir elementos, adquirir pertrechos y caballadas y para hacer caso omiso de la mentada neutralidad, por la que su visible protector Rosas y sus sucesores, reclamaban con singular energía a Rivera, respecto a los emigrados unitarios (*).

Sin conocer su traslado a Entre Ríos, Eugenio Garzón le escribía a Lavalleja en esos mismos días desde Río Grande, para recomendarle que visitara a Rosas, a Balcarce y a los miembros de su gabinete, que “no sólo le manifestarán a Vd. buenos deseos sino que le franquearán todos y cuantos auxilios necesite Vd. para triunfar. Así lo exige el interés de su política y el de la conservación del sistema Federal, que Rivera se propone derrocar empleando medios infucos. En consecuencia, comprenda que no lo entretendrán y que a la fecha estará todo arreglado definitiva y favorablemente...”. La esperanza dictaba las palabras de Garzón, pero asimismo la cautela y la experiencia le hacían aconsejar a su amigo que procediera con previsión, que reuniera muchos y buenos elementos, nunca en cantidad menor al millar de hombres. A éstos se sumarían 400 plazas bien armadas del Río Grande, para cuya reunión —proseguía— se habían hecho ingentes sacrificios, fomentando deserciones en la división uruguaya del coronel Pozolo, reuniones clandestinas, sublevaciones y pase de fuerzas

(*) REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, *Archivo del General Juan A. Lavalleja, 1829-1836*, publicado por el Archivo General de la Nación de la ... t. IV, Montevideo, 1945, pp. 297-298; 299-300 y 309 y Lavalleja a Echagüe (s/1), 24 de junio de 1833, en GABRIEL A. PEREIRA, *Correspondencia confidencial y política del Sr. D...*, t. I, Montevideo, 1894, p. 313.

en Olimar y Rocha, además de las que se incorporarían llevadas “por el amigo que trabaja incesantemente por vernos triunfar . . .” Esta interesante referencia, que se complementa con el dato del viaje del “amigo” a Porto Alegre, llamado por el presidente Galvañ para que diera cuenta de su conducta con respecto a los emigrados, alude visiblemente al coronel Bento Gonçalves. No queda duda de la adhesión del jefe brasileño a la causa lavallejista en los últimos párrafos de la carta de Garzón: Informa que “el amigo” no defecionará de la empresa, “porque está en sus intereses y en sus miras obrar con más actividad y energía” y que el jefe oriental debía tener seguridad respecto al Río Grande, pues aquél había prometido no omitir esfuerzos hasta verlos coronados por el triunfo. La comunidad de ideales y la ansiada victoria de Lavalleja, serían campo propicio para que el futuro adalid de los farrapos pudiera expandir el movimiento que ya gestaba dos años antes de su eclosión y para permitirle entrar en el agitado escenario del Plata, estableciendo contactos directos que le facilitarían el apoyo de la Confederación Argentina ⁽¹⁰⁾. Con el mismo optimismo le decía el P. Caldas a Lavalleja el 4 de enero, sin ocultar ya el nombre de los aliados: “. . . el coronel González [sic: Gonçalves] está completamente decidido. Bento Manoel no hablemos, todo está conforme a nuestros deseos y solo se aguarda que V. Exa. ordene; no dudo asegurarle que el triunfo, según el estado en que se encuentra la Provincia limítrofe, será nuestro . . .” ⁽¹¹⁾.

La conducta del comandante de la frontera del Yaguarón y de los asilados despertó las sospechas del presidente oriental, que no perdió tiempo y efectuó una reclamación a Galvañ. A tal efecto envió a Porto Alegre al teniente coronel Atanasio Lapido, que dio a conocer el desagrado de Rivera por el re-

⁽¹⁰⁾ Garzón a Lavalleja (copia). Guardia del Cerrito, 2 de enero de 1833. En ARCHIVO GENERAL DE RÍO DE JANEIRO (en adelante AGRJ); caja 818; 1, 3, 1.

⁽¹¹⁾ Caldas a Lavalleja (copia). Villa del Yaguarón, 4 de enero de 1833. En AGRJ, caja 818; 1, 3, 2.

conocimiento de los grados militares y por la tolerancia con los emigrados del presidente de la provincia limítrofe, "sin cuyo beneplácito sería absurdo pensar que les dispensasen tan subido miramiento..." El emisario reiteró asimismo la buena disposición de su gobierno hacia el Brasil e invocó las obligaciones contraídas por el Imperio en la Convención de 1828 para garantizar la independencia uruguaya, con aparente olvido de la violación de frontera llevada a cabo en noviembre del año anterior por la división de Pozolo, que en su momento dio lugar a una enérgica intimación de Galvaõ. La nota y la presencia del enviado riverista surtieron el efecto deseado. El presidente riograndense presentó sus excusas y sin pérdida de tiempo ordenó la remoción de los emigrados existentes en la línea del Yaguarón, así como la entrega de las caballadas a las autoridades vecinas (pues se trataba del producto de saqueos en haciendas orientales) y prometió ejecutar personalmente la orden si no se cumplía de inmediato. Sus buenas intenciones, empero, no pudieron llevarse a cabo, ya que los jefes militares, demasiado comprometidos, eludieron la disposición con diversos pretextos: Barreto renunció a la comandancia general de armas por "motivos de salud" y Bento Gonçalves sólo internó a los principales cabecillas; pero en la zona de su comandancia prosiguieron los incidentes fronterizos y se permitió en ella el ingreso del coronel Manuel de Olazábal, enviado de Buenos Aires a dirigir las fuerzas de Lavalleja en las nuevas operaciones (12).

En Montevideo corrían las más diversas versiones sobre el anunciado movimiento. Mientras la prensa oficialista lanzaba continuas recriminaciones contra las autoridades imperiales, con evidente justicia, propalaba noticias, sin duda alguna fal-

(12) Rivera a Galvaõ. Durazno, 1º de enero de 1833. En AHRGS, caja 210, 3, 12 y Pozolo a Galvaõ (copia). Villa de Melo, 3 de enero de 1833. En AGRJ, caja 818; 1, 4, 8. La documentación sobre la misión Lapido y las disposiciones de Galvaõ en AGRJ, cajas 818; 1, 1 y 818; 2,1; VARELA, *Historia da Grande Revolução*, etc., cit. II, 184-190 y "El Universal", Montevideo, 3 de abril de 1833, n° 1.095, pág. 2, col. 4 y página 3, col. 1-2.

sas respecto a la verdadera posición del gobierno entrerriano. Así, se dio a conocer que Urquiza, a la sazón comandante del departamento del Uruguay, había intimado a Manuel Lavalleja la dispersión de su gente, más a pedido de éste accedió a una prórroga en el cumplimiento de la orden, hasta recibir nuevas directivas de Echagüe. Días después, el gobernador hacía pública su prohibición de tales reuniones, expresando que de otro modo se vería “precisado a tomar medidas para evitar todo compromiso”. He aquí otra actitud que confirma las normas que rigieron la diplomacia de Rosas: Altisonantes declaraciones públicas, que ocultaban tras una cortina de humo, sus móviles perfectamente definidos.

La trama encubridora de esta política se vio sin embargo parcialmente desbaratada por una actitud irreflexiva y poco afortunada de Juan Antonio Lavalleja. Sin tomar en consideración las publicaciones oficiales vertidas por el mandatario de Entre Ríos, dio a conocer coincidentemente una proclama subversiva, titulada “Los Orientales Emigrados a sus compatriotas los habitantes de la República”, fechada en la Costa del Uruguay el 1º de enero. Si bien estaba firmada por Lavalleja, se señala como su redactor al P. Caldas y que fue compuesta en la imprenta de Francisco Xavier Ferreira, de Río Grande, la misma que antes diera a conocer la vindicación de Bento Gonçalves a los cargos que le formulara el “Recopilador” de Río de Janeiro. El 7 de febrero, “El Universal” de Montevideo informó también sobre la aparición de un nuevo folleto en la vecina provincia brasileña, producto de la misma tipografía y obra del mismo autor, que ahora se ocultaba bajo el seudónimo colectivo “La Sociedad Patriótica de Montevideo”. El opúsculo de marras, en que se hacían graves cargos a Rivera y se enunciaban los motivos de la revolución, vio la luz bajo el título de “Al Pueblo de Montevideo —Viva la República— Viva el General Lavalleja y los Valientes que le acompañan...”; como dato ilustrativo agregaba el periódico

que su impresión fue costeada por un vecino de Cerro Largo (13).

Ningún paso de los emigrados dejó de ser advertido por Rivera. Astuto y vigilante, bien informado sobre lo que se urdía tras la frontera norte, no por ello descuidó atender los informes que le llegaban de Buenos Aires. Desde allí, su confidente Julián de Gregorio Espinosa, atento —aunque no siempre perspicaz— observador de los movimientos del enemigo, señalaba, recargando sus palabras con una buena dosis de exageración, que los lavallejistas estaban como “energúmenos”, esperanzados en los resultados de la alianza con Bento Gonçalves y que su jefe procuraba dinero “con mucha exigencia y sin pararse en ofertas: se yo que antes de ayer pidió otra partida, creo que menor, a otro individuo, pero en la misma materia, ofreciendo a ambos pagarles en ganado puesto en el continente del Brasil, el duplo de este suplemento: para garantizar su solicitud, manifestó cartas de oficiales portugueses [sic: brasileños] de la frontera, en cuyo acuerdo dice estar apoyada su empresa sobre ese Estado [Uruguay], añadiendo que toda la Provincia del Río Grande está dispuesta a constituirse y por este medio entrar él en la rejeberación de su país”. Espinosa declaraba asimismo estar “con la hebra en la mano” para destejer las intrigas de los rebeldes. Ignoraba sin embargo el monto de los préstamos recibidos para la empresa y, con ingenuidad sorprendente, si se tiene en cuenta su experiencia política, expresaba que los pasos de Lavalleja eran “una prueba real de que el Gobierno no ha pensado en auxiliarlos y se cumple lo que Vd. sabe me ofreció el Señor Rosas”. Los hechos posteriores desmentirían su crédula presunción. Sus informes conciliatorios poco pesaron esta vez en el ánimo avizor de Rivera, que ya no daba crédito a las declaraciones amistosas del gobierno de Buenos Aires. Al contrario, continuó su enmarañado juego político con los mismos recursos gauchos del ex-gobernador porteño. Sin embargo, la suerte no

(13) Cfr.: *El Universal*, Montevideo, enero, febrero y marzo de 1833.

le fue favorable; la aplicación de nuevos impuestos, el alistamiento compulsivo de milicias, el prevaricato en que incurrieron algunos de sus allegados en forma casi pública y otra serie de medidas impopulares, fomentaron bien pronto una callada e impotente hostilidad, que creció en torno suyo y llevó a no pocos ciudadanos a mirar con renovada simpatía la causa lavallejista ⁽¹⁴⁾.

Los preparativos se aceleraban en la frontera del río Uruguay y no faltaron pruebas que lo evidenciaron cabalmente. El 23 de mayo el jefe de policía del departamento de Colonia, D. Ignacio Barrios, remitió prisionero a Rivera al patrón de la lancha "Josefina", de bandera argentina llamado Guillermo Chapelet, quien al ser detenido explicó ampliamente que su misión era la de transportar armas para Lavalleja ⁽¹⁵⁾. Por orden del capitán del puerto de Buenos Aires había conducido cinco cajones de corazas, cuatro de carabinas, otros tantos de sables, mil lanzas y dos fardos de vestuarios "con otras friolerías" que no recordaba. El material fue embarcado de día en el muelle porteño, sin incluir el específicamente bélico, que se trasbordó de la goleta "Sarandí" en balizas interiores y a horas del mediodía, para luego conducir todo a la costa oriental en su lanchón. Ninguna duda queda, pues, merced a esta información, de la abierta protección de las autoridades bonaerenses. Sin embargo, los diarios de Montevideo nada informaron sobre el hecho y la cancillería uruguaya lo silenció, qui-

⁽¹⁴⁾ Julián de Gregorio Espinosa a Luis Eduardo Pérez. Buenos Aires, 27 de febrero de 1833. En MUSEO HISTÓRICO NACIONAL. Montevideo (en adelante MHNM), "Colección de manuscritos Pablo Blanco Acevedo", t. 136, fol. 76.

⁽¹⁵⁾ Ya en marzo, el comerciante de Buenos Aires, D. José María Grimau solicitó permiso al ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores para embarcar y vender "en Montevideo" 300 sables y 20 barricas de pólvora; las autoridades se manifestaron dispuestas a mantener su medida prohibitiva de exportación de elementos de guerra al Estado Oriental y denegaron el permiso. (AGNBA, "Particulares, 1833". Sala X; 16-2-4).

zá para no avivar aún más los enconos y terminar de quebrar las endeble relaciones con la Confederación (16).

No tuvieron la misma consecuencia, en cambio, los nuevos atentados de los emigrados en la frontera septentrional, donde al mando de Olazábal tomaron por asalto la entonces desguarnecida Villa de Melo. El detallado informe que sobre este suceso dio el coronel Pozolo, lo calificó de “golpe de mano” dado en combinación con los brasileños, pues sorprendía que sin recursos, a pesar de las enérgicas disposiciones del gobierno de Porto Alegre y no obstante la presencia del mariscal Barreto en la zona limítrofe, hubiera podido llevarse a cabo. Todo denotaba la ingerencia extraña —agregaba— y era evidente que actuaban “protegidos escandalosamente por la tropa de S. M. “Hechos de pública notoriedad como los distintivos imperiales de los atacantes, las declaraciones de prisioneros y vecinos, así como la amistad de los caudillos de uno y otro país, atestiguaban la veracidad de esta declaración. Solamente cuatro días después del ataque llegó Barreto (que continuaba en su alto cargo) con algunas fuerzas imperiales al lugar del incidente, cuando ya su presencia resultaba innecesaria. El enojoso episodio dio lugar a un nutrido cambio de notas entre Rivera, Pozolo y las autoridades riograndenses, a quienes exigieron satisfacciones y reiteraron las recientes promesas de neutralidad y vigilancia. Los diarios de Montevideo se hicieron eco del saqueo y aprovecharon la oportunidad para reanudar sus virulentos ataques contra el Imperio (17).

Urgido por sus compañeros del Río Grande, Lavalleja procuró sus preparativos y envió diversos emisarios para obtener recursos, que le llegaron incluso de aquella provincia bra-

(16) Ignacio Barrios a Rivera. Colonia, 23 de mayo de 1833. En MHNM, col. Blanco Acevedo, t. 136, fol. 92.

(17) Sobre el incidente de la villa de Melo, la documentación correspondiente en AGRJ, caja 818, 1, 4, 5; 818, 1, 16; 818, 1, 24, 3 y AHRGS, 210, 3, 1-6 y 210, 3, 7-11. Al producirse la entrada de las fuerzas de Olazábal se distribuyó un bando firmado por este jefe, en que se intitulaba *coronel y comandante en Jefe del Segundo Cuerpo del Ejército Restaurador*. Melo, 11 de abril de 1833 (en AGNBA, sala X; 2-1-8).

sileña, desde donde Bento Manoel Ribeiro, le proporcionó caballada, reses de consumo y tabaco (18). Por su parte, Rivera decidió inspeccionar personalmente la frontera del Yaguarón; de su visita y cambio de notas con las autoridades vecinas, quedó la firme impresión que los rebeldes no repetirían sus incursiones en el futuro. Optimista y convencido al fin por las seguridades de los imperiales, le contaba poco después a Espinosa que Barreto se había conducido "admirablemente y que inexorablemente cumplió las órdenes de su Corte... así es que a cargado con anarquistas y efectos y los a plantado en las torres [se refiere a la playa de Torres, en el norte del Río Grande]; Olazábal, Calda y muchos otros saldrán del territorio del Imperio y podemos contar con seguridad que ni aquellos ni otros meterán jamás la pata, porque el Brasil no quiere otra cosa que la paz y nosotros lo que menos nos conviene es la guerra, así es que este gobierno con aquél ydenticificarán fácilmente sus principios y política que les asegura su reposo y vien estar para lo futuro..." En efecto, su presencia al frente de todo un ejército en la zona limítrofe surtió el resultado buscado. Barreto negoció y se comprometió a guardar estricta neutralidad. Disolvió las huestes de los emigrados, devolvió los prisioneros hechos en Melo, ordenó la entrega del armamento utilizado para la incursión y, por último, internó a los coroneles Manuel de Olazábal, Félix y Eugenio Garzón y al mayor Isidoro Aguirre en San Francisco de Paula (y no en la distante Torres, como suponía Rivera), al capitán José Andrés Ferrreira en la ciudad de Río Grande y autorizó la salida del Brasil de los oficiales Lucas Moreno, Diego Ruiz y Ramón Ivi-za con veinte hombres de tropa (19). En adelante Rivera po-

(18) Lavalleja a Bento M. Ribeiro. Gualaguay, 23 de abril de 1833 y Manuel Lavalleja a Ribeiro acusando recibo del envío. Uruguay, 4 de mayo de 1833 (copia). En AGRJ, caja 818; 25-3-4. El encargado de la misión al Cuareim fue el mayor Abdón Rodríguez. Cfr. también PEREIRA, *Correspondencia, etc.*, cit., I, 251-252 y 255-257.

(19) Rivera a Espinosa. Yaguarón, 4 de mayo de 1833. En AGNBA, sala X; 2-1-8. Las reclamaciones del presidente uruguayo al de la provincia limítrofe del Brasil en AHRGS, caja 210, 3, 17 y Barreto a Gal-

dría descansar de sus preocupaciones respecto de la frontera septentrional; sólo le restaría la tarea menor de la vigilancia del Río Uruguay, desde donde llegaban noticias inquietantes, que anunciaban el próximo cruce de Lavalleja por la barra del Mocoretá. Para impedirlo dispuso la reunión de las tropas de Laguna y Raña en el Queguay, adonde proyectó trasladarse, pues pensaba que su presencia, tal como había acontecido en el límite norte, provocaría alarma y cambiaría la conducta hasta entonces observada por las autoridades argentinas. Muy seguro de ello, escribía con su acostumbrada ironía (y ortografía) a Julián de Gregorio Espinosa, al promediar el año de 1833: "... Si pasan como dicen a de aver algunas cavestas ronpidas o algunos aogados en el uruguay..." (20).

Como era de esperar, estas disposiciones defensivas trascendieron y Echagüe, alarmado ante la posibilidad de un conflicto mayor, ordenó a Urquiza la más severa vigilancia de los emigrados situados en Arroyo de la China, Gualeguay y Gualaguaychú; dispuso que los hiciera retirar a Paraná y que no permitiera "la más pequeña reunión en toda su jurisdicción bajo el pretexto más inocente que se exponga" (21). No obstante, pese a la aparente ostentación de neutralidad, Echagüe

vaó, Bagé, 17 de mayo de 1833, en *ibídem*, caja 210, 1-1-6. Después de estos incidentes, Rivera nombró comandante general de la frontera norte al coronel Manuel Britos, al que instruyó: "...tendrá V. presente en sus relaciones con los Jefes y autoridades de la Provincia limitrofe, quanto importa estrecharlas y afirmar la buena fe y confianza que en lo subsesivo será la base de la amistad recíproca, que es necesario cultivar en beneficio de la armonía y tranquilidad de ambos países". (Rivera a Britos. Cuartel General en el Yaguarón, 6 de mayo de 1833. Copia. En AGNBA, "Secretaría de Rosas. 1833". Sala X; 24-8-2. Véase también FLAVIO A. GARCÍA, *Para el Archivo Rivera*, en "Estado Mayor del Ejército. Boletín Histórico, Montevideo, 1952, pp. 15-16. Hay separata).

(20) Rivera a Espinosa. Palmar, 31 de mayo de 1833; *ib.*, Durazno, 6 de junio de 1833. En AGNBA, sala X; 2-1-8. Desde Colonia, Ignacio Barrios informó días después que Lavalleja se aprestaba a cruzar desde Gualaguaychú a San Salvador con 800 hombres. (Barrios a Rivera. Colonia, 13 de junio de 1833. En MHNM, col. Blanco Acevedo, t. 136, fol. 93).

(21) Echagüe a Urquiza (copia). Paraná, 11 de junio de 1833. En AGNBA, sala X; 5-4-7.

prosiguió sus actividades de protección del movimiento. Pocos días después informaba a Lavalleja, por medio del común amigo Evaristo Carriego, que había interpuesto sus buenos oficios ante el gobernador de Santa Fe, general Estanislao López y que éste prometió ayudarlos en la adquisición de armas, oferta que luego no cumplió por la influencia de sus allegados Domingo Cullen y Blas Despouy, íntimamente relacionados con Rivera. Un mes más tarde, Echagüe, al observar la demora de López, anunció a Lavalleja que el gobernador de Buenos Aires, Juan Ramón Balcarce, había dispuesto asignarle una mensualidad para su sustento y le recomendó se dirigiera a la capital porteña para arreglar todo lo concerniente a este trámite como también lo relativo a la adquisición del armamento (22).

El jefe de la revolución siguió su consejo y, ya en Buenos Aires, procuró se concretara el apoyo prometido por las autoridades, labor en la que empeñó muchos esfuerzos, que retrasaron en varios meses el cumplimiento del plan.

III. BUENOS AIRES ELUDE EL COMPROMISO

Alejado Rosas del gobierno y distante de la ciudad en su campaña contra los indígenas del sur, los sucesos locales ocurridos en el año 1833 conformaron una nueva tónica en la política de la Confederación. Lavalleja pudo palpar cómo ya en los primeros meses del año siguiente se frustraban poco a poco sus esperanzas y que los auxilios estaban cada vez más lejanos. El juego de los intereses del nuevo gobierno bonaerense, ejercido a partir de noviembre de 1833 por el general Viamonte, y el confuso panorama interno argentino, sobre el que

(22) Echagüe a Lavalleja. Paraná, 17 de junio, 26 y 28 de julio, 8 y 27 de agosto de 1833. En *Archivo del General Juan A. Lavalleja*, cit. t. IV, pp. 309-311, 317, 320 y 322. En la misma publicación aparece una factura extendida en Buenos Aires el 22 de julio de 1833 por D. Federico Ovesveg a cuenta de Lavalleja, quien le adeudaba "3780 pesos por 504 camisas coloradas a 7 pesos y 4 reales cada una y 1260 pesos por 504 gorros colorados a 2 pesos y 4 reales cada uno". (Ib., p. 316).

se cernía la amenaza de un conflicto con el Paraguay por la posesión de las Misiones, determinaron el cambio de rumbo de las autoridades que, drásticamente, resolvieron coartar cualquier tentativa que afectase sus relaciones con el Uruguay. Prueba de ello fue la comunicación que el 25 de febrero dirigió el ministro de Guerra y Marina, general Tomás Guido, al gobernador Echagüe, en que le dio a conocer que su gobierno no ignoraba los preparativos revolucionarios en Entre Ríos y que estaba lejos de consentir que en el territorio de la Confederación tuvieran lugar empresas sediciosas contra el Estado Oriental, en virtud de lo cual ya había adoptado convenientes medidas de represión. Al invitar a Echagüe a adoptar idéntica resolución, le expresaba que no era solamente por simpatía ni por mostrarse fiel a las relaciones establecidas que su gobierno así lo había dispuesto, sino por el deber en que se consideraba, por los compromisos públicos contraídos, “de no mirar fríamente el transtorno del orden constitucional que por fortuna prevalece en el Estado Oriental” (23).

Guido fue aún más conciso en la aplicación de las nuevas directivas oficiales. Al día siguiente, 26 de febrero, hizo comparecer al general Lavalleja en su despacho para hacerle las prevenciones del caso, enterado que “se seducían y enganchaban gentes” en la provincia. El jefe oriental negó constantemente las imputaciones alegando, no la falta de intención sino

(23) Guido a Echagüe. “La Gaceta Mercantil”, Buenos Aires, 6 de marzo de 1834, n° 3231, p. 2, col. 5. Sobre la revolución de 1834, véase: ADOLFO SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época*, t. II, Buenos Aires, 1892, pp. 289-290; JOSÉ SALGADO, *Historia de la República Oriental del Uruguay*, t. III, Montevideo, 1919, pp. 133-139; CARLOS ANAYA, *Apuntaciones históricas sobre la Revolución Oriental*. (1811-1851), publicadas y anotadas por María Julia Ardao, apartado de la “Revista Histórica”, t. XX, Montevideo, 1954, pp. 118-119; JUAN E. PIVEL DEVOTO, *Historia de los partidos*, etc., cit., t. II, pp. 97-121; ANTONIO DÍAZ, *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata* desde el año 1828 hasta el de 1866, t. III, Montevideo, 1877, pp. 87-120; EDUARDO ACEVEDO, *Historia del Uruguay*, t. III, Montevideo, 1919, pp. 138-139; ANTONIO M. DE FREITAS, *Las revoluciones lavallejistas durante el gobierno de Rivera*, en *Por la Patria*, n° 5, Montevideo, marzo de 1944, pp. 7-10 y n° 6, abril de 1944, p. 17.

la absoluta carencia de recursos para llevar a cabo la empresa y, con tono jactancioso, declaró que era innecesario reunir elementos en territorio argentino, puesto que, en caso de ir a su país, su sola presencia atraería al “sinnúmero de descontentos que allí existían”. La entrevista concluyó con la intimación de expulsión, que Guido le anticipó, si se llegaba a descubrir cualquier hecho hostil. A ello replicó Lavalleja con promesas de seguridad, que estaban muy lejos de sus intenciones y con el ofrecimiento de retornar al Brasil, si las autoridades juzgaban que su persona perturbaba la tranquilidad (24). Las tratativas se hicieron públicas y la prensa porteña, que hasta entonces había guardado cautelosa reserva, se hizo eco de ellas y comenzó a dar muestras de repudio y a denunciar a Lavalleja como promotor de una nueva guerra civil oriental.

En vista que, en vez de cesar, se aceleraban los aprestos subversivos, las autoridades porteñas, celosas por mantener su pregonada y tardía neutralidad, iniciaron un sumario a los conspiradores, que ya no alcanzó a su jefe por haberse ausentado de la capital. El punto de partida de este largo expediente —que pese a su extensión tuvo corto trámite— fue la denuncia que elevó el juez de paz de San Isidro, Enrique Núñez, al ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, doctor Manuel José García, el 23 de febrero de 1834 y que dio lugar a la entrevista ya mencionada, entre Guido y el general. Núñez dio cuenta de haber llegado a su conocimiento que Lavalleja “hablaba a algunos individuos” en aquel pueblo, “con el objeto de pasarlos a la Banda Oriental embarcándolos en las Conchas o Tigre” y que igualmente “había mandado fabricar

(24) AGNBA, “Acuerdos. 1830-1834”, sala X; 44-6-27. Horas antes, Pedro de Angelis escribía a Blas Despouy, refiriéndose a Lavalleja: “Es cierto que su recomendado de Vd. tiene ganas de hacer otra diablura, y precisamente ayer estaba reuniendo gente en la costa, para pasar a la otra banda; pero lo supo el Gobierno y dio inmediatamente sus órdenes para estorbarlo. No sé que medida tomará en lo sucesivo, pero su intención es no dejarle, así como quiere, amagar a un estado vecino...” (Buenos Aires, 24 de febrero de 1834. En MHNM, col. Blanco Acevedo, t. 136, fol. 112).

algunas lanzas". Al día siguiente el juez de paz recibió contestación del ministro García, quien al darse por enterado de los enganches clandestinos y "deseando evitar los compromisos", le ordenó levantara una sumaria información de los hechos. Núñez cumplió de inmediato con lo requerido y el día 26 elevó toda la documentación, declarando que las averiguaciones practicadas denunciaban "hasta donde se ha podido llegar a esclarecer la seducción de individuos para conducirlos al Estado Oriental, que según ellas los promotores insisten en berificar el embarque y según el que firma cree, es algún punto de reunión de las Islas". Agregaba que había solicitado la cooperación del juez de paz de San Fernando, "para reproducirle la necesidad de que tome medidas activas a fin de privar el embarque de individuos al objeto que se supone, como igualmente de armas o municiones". En el sumario constaban las declaraciones del teniente de milicias Mariano Baldés, de los sargentos Juan Azevedo y Julián Gutiérrez, del cabo de policía José López y de José Espínola, "de profesión herrero", todos los cuales coincidían en que Lavalleja les había ofrecido gratificaciones, ascensos militares, empleos o "el premio de un establecimiento de campo", si resultaba exitosa la campaña. A estos testimonios agregaba el del citado herrero, que "había trabajado como treinta chusas, que fueron hechas de bayonetas rebajadas y que las dejó en estado de poder enastar, como igualmente tres tercerolas".

Enterado de la primera parte de las actuaciones, el ministro García dispuso que fueran devueltas al juez de paz, para que prosiguiera en el esclarecimiento de los hechos, sin pérdida de tiempo, por lo que se reabrieron con las declaraciones de varios milicianos, que concordaron con las manifestaciones anteriores y, "sin poderse adelantar más en las indagaciones", Núñez lo dio por terminado y remitió a García. En Buenos Aires, Guido cooperó activamente en la investigación de los hechos y encomendó esta misión al comandante general de armas, quien ratificó las denuncias, pero aclaró que ellas solamente afectaban a "unos pocos hombres seducidos por al-

gunas personas que marchan al Estado Oriental por el entusiasmo que inspira la causa de la libertad...”, a la vez que aseguraba la vigilancia estrecha de todos los milicianos, para impedir cualquier acto que alterase la paz. El 1º de marzo, al darle cuenta de estas gestiones, Guido comunicó a García que el número de hombres apalabrados y enganchados en San Fernando y San Isidro pasaba de cien, noticia que movió al ministro de Gobierno a ordenar a los jueces de paz de ambos partidos la prohibición “de toda comunicac[i]ón clandestina”, la vigilancia de la correspondencia y de las reuniones de sospechosos, que debían disolver, para conocer sus fines y composición. Asimismo debían observar el movimiento de población de cada partido, para el caso que algunos vecinos intentaran seguir a Lavalleja (25).

Tantos afanes tardíos por mantener la armonía debieron ser conocidos por el gobierno uruguayo, con quien el nuevo gobernador Viamonte procuró evitar desavenencias y malentendidos. Ratificándolo, Guido se dirigió al canciller Lucas José Obes, al que expuso las disposiciones del gobierno argentino respecto a las actividades clandestinas de los emigrados, cuyos propósitos —según decía— consiguió desbaratar, habiéndose disipado ya todo aquello “que había justamente alarmado el zelo de las autoridades, porque los ilusos quedan persuadidos de la disposición inalterable del Gobierno, de impedir en la esfera de su poder todo acto peligroso a la tranquilidad de su país”. El ministro aseguró asimismo que en Entre Ríos sería reprimido todo conato de rebelión y que el gobierno de esta provincia había redobrado la vigilancia en las costas, por lo que podía lisongearse que estas providencias desalentarían a los sediciosos y los persuadiría que el gobierno de Buenos

(25) AGNBA, “Secretaría de Rosas. 1832-1834”, sala X; 43-1-2. Cfr. “Diario de la Tarde”, Buenos Aires, 17 de marzo de 1834, n° 838, p. 1, col. 1-4 y p. 2, col. 1-3, que publicó el texto del sumario luego de la invasión, oportunidad en que se conoció en Montevideo, donde lo reprodujo “El Universal” del 24 de marzo de 1834, n° 1376, p. 2, col. 1-4 y p. 3, col. 1.

Aires consideraba la paz y prosperidad en el Estado Oriental como un bien propio. Tan penetrado estaba de este juicio, que no trepidó en declarar, que no permitiría en manera alguna “que la hospitalidad y el asilo concedidos al infortunio, sirvan de salvaguardia en la Provincia de Buenos Ayres, para acumular impunemente elementos de perturbación contra ese Estado...” (26).

Tal como lo expresó Guido, Viamonte advirtió a Echagüe sobre la planeada invasión y las actividades de los conjurados, y le recomendó rigurosa vigilancia, pues —sostenía— su gobierno estaba “lejos de consentir o disimular se fraguen en su territorio empresas desorganizadoras” que, como en 1832, llevaran a una situación de extrema tirantez con Rivera. Por su parte, también el mandatario uruguayo dio en esos días muestras de espíritu conciliador y designó agente confidencial en Buenos Aires a Julián de Gregorio Espinosa, a quien Obes recomendó en sus instrucciones —cuyo borrador halláramos en Montevideo— “que refrescara sus antiguas confianzas con el Señor Viamont y le persuadiese que el actual Presidente es el primero y justo apreciador de su mérito militar, carácter franco, etc. Que averigüe, escriba, ofresca y haga quanto considere del caso, para debilitar las influencias de los anarquistas e instruirse de sus proyectos” (27). Estos buenos propósitos se vieron parcialmente coronados por el éxito: Si bien al producirse el arribo de Espinosa, ya la expedición era un he-

(26) Guido a Obes. Buenos Aires, 28 de febrero de 1834. En ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, Buenos Aires, *Copiador de correspondencia con Brasil, Bolivia, Estados Unidos, Perú y Uruguay*. 1833-1835, fol. 57-59. Cfr. “La Gaceta Mercantil”, Buenos Aires, 5 de marzo de 1834, n° 3230, p. 2, col. 4 y “El Fanal”, Montevideo, 13 de marzo de 1834, n° 467, p. 1, col. 2-3.

(27) Copia de oficio de Viamonte a Echagüe. Buenos Aires, 29 de febrero de 1834. En AGNBA, sala X; 44-6-35 y “Borrador de instrucciones que observará Julián de Gregorio Espinosa en su misión confidencial a Buenos Aires”, [marzo de 1834], en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Montevideo, fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, caja 1715, carpeta 7. Espinosa falleció en Buenos Aires el 16 de agosto de 1834.

cho consumado, merced a su antigua amistad con Viamonte, logró atemperar las malquerencias y la hostilidad, cada vez mayor, que reinaba entre ambos estados del Plata. La posibilidad de una renovada política de entendimiento se vio frustrada por la muerte inesperada de Espinosa, acaecida en Buenos Aires al promediar el año. Con ella perdió el Uruguay al más acendrado portavoz y defensor del pensamiento de Rivera y a uno de los hombres política y socialmente más vinculados con la clase dirigente de Buenos Aires.

IV. SE PRODUCE LA INVASION

Durante los primeros días de marzo, Lavalleja desapareció de los lugares que frecuentaba; las autoridades ignoraron su paradero, hasta que al promediar el mes se tuvo conocimiento del cruce del Uruguay. Desembarcó en Punta Gorda, lugar del departamento de Colonia situado a una legua del pueblo de Higuieritas, del que tomó tranquila posesión el 12 de ese mes, engrosando sus filas incluso con las fuerzas policiales allí destacadas. Lo acompañaba un puñado de hombres; entre ellos su hermano Manuel y el ex-gobernador de la provincia de Misiones, D. Félix Aguirre. Es posible —observa Alfredo Varela— que la demora de la expedición haya obedecido a la falta de noticias del Río Grande y que sólo el 4 de marzo, fecha en que Bento Gonçalves regresó de Río de Janeiro, donde había logrado reafirmar su prestigio, ambos caudillos se pusieran en contacto y resolvieran finalmente fijar la fecha del ataque. Tal suposición tiene visos de veracidad, si se tiene en cuenta la íntima amistad que los unía, el plan conjunto antes expuesto y la coincidencia cronológica (28).

Desde Higuieritas, el jefe revolucionario distribuyó una proclama en que explicaba los móviles de su empresa, declaraba a Rivera “reo de lesa patria” e incitaba a todos sus compatriotas a unirse al Ejército Restaurador a sus órdenes. En es-

(28) VARELA, *Historia da Grande Revolução*, etc., cit., II, 242-243.

ta ocasión se usó por primera vez la divisa punzó y el uniforme federal en tierra oriental y cabe señalar, en cuanto a la denominación del ejército, que "era algo más que una coincidencia; señalaba su vinculación, una similitud de ideales; Lavalleja aspiraba también a restaurar en la República una trayectoria política que consideraba interrumpida y en esa empresa, que desbordaba las fronteras del país, tenía que ser necesariamente un aliado de Rosas, como Rivera por el juego de la política lo fue, fatalmente para él, de los emigrados unitarios", según afirma J. Pivel Devoto (29).

Sin contar aún con mayores detalles de los sucesos, el ministro Guido se apresuró a justificar la conducta argentina ante la cancillería uruguaya. El 14 de marzo dio cuenta del paso de Lavalleja, que reprobó con vehemencia, manifestando el vivo desagrado que aquel episodio había ocasionado a su gobierno, pues se prestaba a "injustos comentarios" y servía de "vehículo a la discordia" (30). Antes de la llegada de la nota, ya Rivera estaba al tanto de las ocurrencias y dispuso que su ministro de Guerra, Manuel Oribe, enviara tropas para impedir el avance. Prestamente cumplió esta orden la división de Anacleto Medina, quien obligó a los invasores a retirarse más

(29) Hoja suelta "El General Lavalleja a sus compatriotas". Imprenta del Ejército (sin fecha). En MHNM, biblioteca Pablo Blanco Acevedo; PIVEL DEVOTO, *Historia de los partidos, etc.*, cit., II, 115.

(30) Guido a Obes, Buenos Aires, 14 de marzo de 1834 (copia). En AGNBA, "Secretaría de Rosas, 1832-1834, sala X; 43-1-2; "El Universal", Montevideo, 17 de marzo de 1834, n° 1370, p. 2, col. 4; 24 de marzo de 1834, n° 1376, p. 2, col. 1-4 y p. 3, col. 1; 26 de marzo de 1834, n° 1377, p. 2, col. 1-3 y 27 de marzo de 1834, n° 1378, p. 2, col. 4. Un informante del lugar del desembarque hizo saber que Lavalleja llegó con 25 o 30 hombres, entre oficiales y tropa; que su hermano Manuel se dirigió a Mercedes con 21 más y luego a Vacas con algo más de 40; que traía una carreta con bueyes, armas y municiones y le acompañaban entre otros, su propio hermano, Aguirre, Abdón Rodríguez, Hermelegildo Fuentes, dos Palomeque, Miguel Fajardo, Rafael Eguren, Felipe Carballo, Lucas Moreno y 10 oficiales del puerto de las Conchas pertenecientes a la división de Faundo Quiroga y a la milicia de Buenos Aires. ("Extracto de las noticias que da un individuo que á llegado ayer á ésta procedente de las Higuieritas", en ib., 19 de marzo de 1834, n° 1372, p. 2, col. 3-4).

allá del río Negro y buscar refugio en la zona del Cuareim, desde donde Lavalleja comisionó a Lucas Moreno para marchar al Río Grande y retornar con el prometido auxilio de Bento Manuel Ribeiro (31).

Sin entrar en el detalle de la “temeraria y loca empresa”, según palabras de Oribe, debe recordarse que Lavalleja, en su rápida marcha al norte, no recibió las esperadas adhesiones y, por el contrario, atraídos sus compatriotas por la demagogia riverista, vieron indiferentes su paso. Pasó casi dos meses acorralado en el Cuareim, entretenido en escaramuzas y esperando en vano el apoyo brasileño. Ignoraba que su protector Ribeiro, quizá con la certeza del inminente fracaso de Lavalleja ahora se entendía con Rivera, a quien ofreció absolutas garantías de neutralidad. Aislado y sin recursos, el 15 de mayo lo derrotaba Medina en el Yrao; con su deshecho ejército traspuso la frontera brasileña y marchó rumbo a Alegrete.

Mientras en el norte se desenvolvían estos hechos, seguía el intercambio de correspondencia oficial entre los gobiernos del Plata. El 24 de marzo, Obes dio fría y ambigua respuesta a la nota que Guido le enviara diez días antes y consideró concluido el asunto, “dejando al tiempo la imparcial calificación de esta ocurrencia”, palabras que evidenciaban que la cancillería uruguaya continuaba prevenida contra las maquinaciones del rosismo.

Por su parte, Echagüe robusteció esta posición al dirigir a Rivera una nota meliflua y apaciguadora, con que intentaba ponerse a cubierto de represalias por su activa participación en los planes de Lavalleja. Inspirado posiblemente en sagaces directivas de Rosas, que desde el desierto seguía moviendo los hilos de la política, felicitó al presidente oriental por la parte

(31) Lavalleja a Bento M. Ribeiro. Costa del Cuareim, 26 de marzo de 1834. En AHRGS, caja 210, 4, 101 y Ribeiro a Rivera, Alegrete, 5 de abril de 1834, en “El Universal”, Montevideo, 16 de abril de 1834, n° 1392, p. 2, col. 4. Cfr. AURELIO PORTO, *Influencia do caudilhismo*, etc, cit., pp. 430-431 y FLAVIO A. GARCÍA, *Para el Archivo Rivera*, cit. p. 17.

que le había cabido en los últimos acontecimientos y afirmó que “conducido dulcemente por las simpatías naturales que existen, y existirán siempre, entre individuos que han formado una sola familia” no podía menos por congratrarle por el triunfo de la legalidad, logrado “á costa de grandes sacrificios, sin consultar siquiera su reposo personal y la economía de su sangre...” Cerró la nota garantizando que si Lavalleja procuraba asilo en Entre Ríos, no le sería concedido. Con las reservas que imaginamos, Rivera no tardó en contestar. Agradeció cortesmente los votos de Echagüe y tras breve referencia al “funesto taller de las maquinaciones” de los anarquistas, reiteró los sentimientos de amistad y armonía que el gobernador de Entre Ríos le manifestara (32).

En la frontera norte prosiguieron los incidentes. Rivera reclamó a Barreto y marchó al Yaguarón a exigir una satisfacción y “no para combatir enemigos” —como escribió al presidente riograndense Fernández Braga— sino para perseguir “algunos bandidos”, que abrigados bajo el pabellón amigo “contra todo lo que pudiera esperarse de su dignidad y de su política”, continuaban amenazando la tranquilidad del país. Al pasar revista a los hechos, juzgó escéptico que “el Uruguay no mudará de situación mientras no mude de vecinos...” y prometió represalias si no cesaban las invasiones “fraguadas en el Brasil y del Brasil prosedentes, cuando no sea cierto que fueron auxiliadas por subditos de su dominio”. La amenaza de Rivera provocó alarma y los riograndenses entrevieron un posible rompimiento con el Uruguay. Barreto marchó de inmediato a Bagé a reunir fuerzas para defender la frontera e instó a Fernández Braga a interponer sus buenos oficios (33). Por su

(32) Obes a Guido. Montevideo, 24 de marzo de 1834, en “El Universal”, Montevideo, 29 de marzo de 1834, n° 1378, p. 3, col. 1; Echagüe a Rivera, Paraná, 29 de marzo de 1834, en ib., 8 de abril de 1834, n° 1385, p. 2, col. 4; Rivera a Echagüe, Paso de la Quintana en el Río Negro, 4 de abril de 1834, en “El Fanal”, Montevideo, 9 de abril de 1834, n° 486, p. 2, col. 2.

(33) Rivera a Fernandes Braga. Fraile Muerto, 3 de agosto de 1834, en AHRGS, caja 211, 11, 447; Barreto a Fernandes Braga, Taquarem-

parte, ofreció garantías al presidente oriental y declaró que su gobierno no tenía “la menor parte” en los recientes sucesos. Para reprimirlos —comunicó— había dado orden de expulsión del territorio imperial a “algunos emigrados exaltados”. Mientras Barreto daba tales muestras de cooperación, el presidente de la provincia, al cabo de los hechos, procedió el 4 de agosto a destituirlo de su alto cargo, por haber protegido “con el mayor escándalo” a los asilados uruguayos (34).

A fines de agosto Rivera, con gran habilidad y procurando no herir los sentimientos brasileños, dio un paso significativo para concluir la espinosa cuestión. En busca de paz, pactó un armisticio por cuatro días e invitó a Lavalleja a una conferencia. Ella tuvo lugar en Aceguá el día 25 y fueron comisionados del jefe rebelde su hermano Manuel y su secretario Lucas Moreno, mientras Ignacio Oribe y Servando Gómez representaron al presidente. Singular reunión fue aquélla, en la que participaron hombres que pocos años después servirían a un mismo emblema partidario. Las bases propuestas por Rivera resultaron hartamente generosas: Ofrecía indultos, indemnizaciones en dinero y tierras, devolución de los bienes confiscados y de los derechos civiles, siempre que por testimonio labrado en acta, los sediciosos se comprometieran a no levantar más las armas contra la autoridad legal. Lavalleja, por su parte, presentó una escueta contrapropuesta, que sometía a juicio arbitral (que debía ser ejercido por un tribunal integrado por un argentino, un brasileño y un inglés) a Rivera, sus ministros y a los propios emigrados, entre los cuales se incluía a sí mismo y que debía aplicar las correspondientes sanciones a los inculpados. En caso de no satisfacer el fallo propuso otra variante que era la de constituir una especie de tribunal popular, cuyos miembros estarían

bó, 8 de agosto de 1834, en *ib.*, caja 210, 1, 12. Cfr. EDUARDO ACEVEDO, *Historia del Uruguay*, cit. II, 147 y FLAVIO A. GARCÍA, *Para el Archivo Rivera*, cit., pp. 18-20.

(34) Barreto a Rivera. Bagé, 14 de agosto de 1834, en “El Universal”, Mantevideo, 2 de setiembre de 1834, n° 1502, p. 2, col. 2-3 y 10 de noviembre de 1834, n° 1555, p. 3, col. 1.

designados por mitades por ambas partes y que sería presidido por un comisario electo por el gobierno argentino. Resulta innecesario decir que Rivera rechazó de plano la propuesta de Lavalleja quien, fracasada la negociación, se internó en la zona limítrofe. Allí tuvo algunos encuentros indecisos con Laguna y Raña, hasta que el 18 de setiembre éste último lo derrotó en el paso de Tres Cruces, sobre el Cuareim, obligándolo a repasar la frontera una vez más e internarse en Río Grande, sin ánimo ya de proseguir sus inútiles esfuerzos subversivos. Sólo retornaría al suelo patrio luego de ocupar la presidencia el general Manuel Oribe (35).

V. LA REVOLUCION DE 1834 A LA LUZ DE LA HISTORIA

A ciento treinta años del desembarque en Punta Gorda y a través de la documentación sometida a estudio, estimamos poder puntualizar los móviles y alcances de este hecho.

No impulsaba a Lavalleja la mera ambición de mando. Inspirado por el patriotismo, reaccionó contra el caos administrativo imperante durante el primer gobierno de Rivera y quiso restablecer la plena vigencia de la Constitución, coartada en el Estado Oriental.

La gesta adquirió, sin duda, contornos internacionales, pues contó con la manifiesta colaboración de las autoridades argentinas y de los caudillos riograndenses más influyentes. Si bien a estos últimos los movió la amistad y la comunidad de intereses, ya que en el ánimo de todos se acariciaba la ambiciosa idea de confederar el Río Grande con el Uruguay, creando un nuevo estado republicano de mayores proyecciones, no fue de la misma índole la adhesión argentina. Por ello le fue fácil a Rivera neutralizar a su adversario, al insuflar

(35) VARELA, *Historia da Grande Revolução, etc. cit.*, II, 264-267 y PIVEL DEVOTO, *Historia de los partidos, etc., cit.*, II, 119. Bento Gonçalves opinó que Rivera había procedido con un golpe de astucia para aliar a Lavalleja a su proyecto de invasión al Río Grande. (VARELA, cit. II, 305-306).

los mismos planes confederacionistas en el mariscal Barreto y en Bento Manuel Ribeiro, a la vez que hizo visible su poder a las autoridades riograndenses al situar su ejército en la frontera del Yaguarón. Consiguió así la momentánea neutralidad de los republicanos del Río Grande que necesitaban del aliado más fuerte —que indudablemente demostró ser Rivera— para su inminente levantamiento contra el Imperio.

En cuanto a la protección dispensada por las autoridades argentinas, podemos marcar en ella dos etapas consecutivas, que implican dos posiciones diferenciadas. Hasta fines de 1832, durante el primer período de Rosas, los revolucionarios recibieron la ayuda oficiosa —casi diríamos oficial— de este mandatario y de sus ad-láteres, que no trepidaron en violar abiertamente la Convención de 1828, suministrándoles elementos bólicos y los fondos necesarios para financiar la expedición.

No sucedió lo mismo durante los gobiernos subsiguientes de Balcarce y Viamonte. Embanderados éstos en el federalismo doctrinario, fueron apartándose cada vez más de la facción rosista y de sus miras políticas. Si en un principio toleraron los aprestos y maquinaciones de Lavalleja, éste vio mermar el apoyo a medida que cedía la influencia de Rosas y en consecuencia, debió recurrir al apoyo de particulares. Próxima ya la invasión, el gobierno porteño se decidió a consolidar la neutralidad con Rivera, pues con ello se oponía directamente a los planes del Restaurador. Pero fue débil en esta política y se mantuvo en una actitud pasiva frente a la inminencia del hecho, como se deduce a primera vista de las actuaciones del sumario a que hemos hecho referencia en párrafos anteriores. Guido no mandó apresar a Lavalleja; la entrevista de ambos fue una premunición, quizá inconsciente, para que se apresurara a abandonar el territorio argentino. Es cosa ya sabida que el general Guido continuaba orientado por las directivas de Rosas y bien pudo ser él, el nexo de unión entre el caudillo oriental y el argentino. Si así no fuere, su actuación debe

juzgarse poco sagaz, como fueron extemporáneas e ineficaces las notas que dirigió a la cancillería uruguaya, que sólo contribuyeron a aumentar los recelos del presidente Rivera.

Por último, no cabe demostrar en la brevedad de este trabajo, los móviles de Rosas con respecto al país limítrofe, pero bien pueden vislumbrarse en las insignias, uniformes y bandera del ejército invasor.

ALICIA VIDAURRETA DE TJARKS

Juan Benito Blanco 783, Ap. 308,
Montevideo, Uruguay